



JOHN KENNETH GALBRAITH, VISTO POR DAVID LEVINE

★ TRIUNFO publica a partir de esta semana:

"El triunfo"

1

primera novela de
John Kenneth Galbraith

Hasta ahora, John Kenneth Galbraith era conocido en su doble condición de economista y diplomático. Asesor del difunto presidente Kennedy, autor de «Teoría del Control de Precios», «El Capitalismo americano», «La Sociedad opulenta», «El nuevo Estado industrial»..., fue asimismo embajador de su país en la India. A su doble vertiente de economista y diplomático, Galbraith une ahora la de humorista. «El Triunfo» es su primera novela. En ella cuenta las peripecias del gobierno y

de los diplomáticos norteamericanos con los dirigentes de un país centroamericano abocado a la revolución. Escrita en un tono finamente humorístico, los personajes de «El Triunfo» —según confiesa el propio autor— fueron montados a base de retazos tomados de personas a quienes ha tenido oportunidad de conocer a lo largo de su vida profesional. TRIUNFO empieza a publicar en este número el primero de los extractos de la novela que edita en España Plaza & Janés.

ALGO se preparaba —una bagatela— precisamente el día en que empieza esta historia. Más de quince días antes, al Departamento de Estado habían llegado rumores de una revolución en Puerto Santos, y en la actualidad los periódicos hablaban de auténticos combates. Puerto de los Santos, para dar a esta nación su plena dignidad gramatical, no es un gran país. Pero el genio especial, y quizá único, de la diplomacia americana consiste en conceder gran importancia, aunque sea por poco tiempo, a países sin importancia. Es lo que ha hecho con Laos, con la República Dominicana y, sobre todo, con Vietnam, el Congo, el Yemen, Tailandia y Panamá. Quienes se preocupaban por los problemas de la América Latina, quienes se interesaban por los asuntos de la América Central y las Antillas prestaban gran atención a lo que estaba ocurriendo.

Aquel día, pues, varios señores estaban almorzando en el restaurante del Departamento de Estado.

—¿Cómo ven ustedes nuestra posición en Puerto Santos? —preguntó uno de ellos, un hombrecillo de rostro afilado e inteligente, de cabello en desorden surcado de mechones grises, con una americana de «tweed» que, ya que no era elegante, tenía al menos la virtud de disimular su caspa. Hizo su pregunta a bocajarro, antes de que nadie tuviera tiempo de consultar el menú, con deseo evidente de situar la conversación en un terreno puramente profesional. Worth Campbell, a quien se dirigía la pregunta, observó un momento al hombrecillo con aire pensativo.

Evidentemente, Campbell era el hombre más adecuado para responder a esta pregunta. Es posible que todos tuvieran sus ideas sobre el asunto, pero el doctor Grant Worthing Campbell, subsecretario de Estado encargado de asuntos interamericanos, coordinador de los Estados Unidos en el seno de la Alianza para el Progreso, tenía una posición muy bien definida. Cuando al fin se decidió a responder lo hizo con una voz agradablemente timbrada, cálida, segura y seductora; una voz que iba muy bien con su cabello blanco, su frente despejada y su tez fresca y rosa como la de un jovencuelo, o casi. Sólo los ojos, bastante pequeños y visiblemente cansados tras las gafas sin montura, desmentían esta impresión de juventud. Tenía algo de autoritario, de agresivo incluso. Dijo:

—Hablan ustedes de ese país como si ya no existiera. Quizá fuera ése su destino. Les contestaré que sí y que no. En todo caso, esto es lo que yo llamo una buena respuesta diplomática.

—Lo que yo quería saber es si, en su opinión, el Gobierno Martínez puede mantenerse.

—Ustedes han leído los mismos despachos de agencia que yo —dijo Worthing Campbell—. Pethwick, nuestro embajador en Puerto Santos, cree que Martínez es lo bastante fuerte para remontar esta crisis. Pero el porvenir no parece tan claro. Al final acabaremos muriendo todos.

El resto de la mesa estaba visiblemente de acuerdo con esta opinión, y varios de los comensales hicieron gestos afirmativos con la cabeza. Pero el hombrecillo no había terminado.

—De nuestras primeras encuestas en Puerto Santos se deduce que existen serios motivos de descontento.

—Es muy probable. Nunca se sabe exactamente lo que fermenta bajo tierra. Pero, hasta ahora, el viejo Martínez no se las ha arreglado mal. Y, al fin y al cabo, se ha portado bien con nosotros. A los comunistas no les gusta, ha soportado pacientemente todos los problemas que les han causado nuestros compatriotas. No por ello dejo de reconocer que algunos de sus métodos no me agradan lo más mínimo.

Un funcionario de la AID (Agencia para el Desarrollo Internacional), administrador adjunto para el Plan, las materias primas y las finanzas, que estaba sentado en una mesa vecina, acercó su silla a la de Worthing. Este se dirigió a él.

—Recuérdenos, John, lo que tenemos allí actualmente.

—El programa militar que usted ya conoce. Tenemos dos proyectos tipo de reforma agraria. Acabamos de poner a punto un nuevo contrato con la Tejas A. y M. para un futuro instituto agrícola. Esto es todo, más o menos. Los campesinos se han repartido los terrenos de nuestra granja experimental cuando intentaron ir a vivir a las grandes extensiones de la zona alta del país, en mil novecientos sesenta. Martínez decidió, entonces, dejárselos. Según él, eso demostraba que aceptaba el principio de una reforma agraria.

—¿Existe también ayuda financiera?

—¡Y cómo! ¡Naturalmente que hay ayuda financiera! Eso, junto a la ayuda militar, es el plan propiamente dicho. Desde hace dos años, cada reunión de nuestro embajador, Pethwick, con Martínez, nos cuesta cinco millones de dólares. Martínez necesita cada vez más dinero y cada vez recoge menos, con excepción del que nosotros le damos.

«Bueno, hasta ahora creo que no se ha tratado de una mala inversión.

Mientras toda la mesa aprobaba de nuevo con la cabeza, uno de los comensales, colocado justo enfrente de Worthing Campbell, llamó su atención.

—Dígame, señor ministro, ¿qué vale, en su opinión, el territorio

de Puerto Santos desde el punto de vista de la defensa del mundo libre?

Quien hablaba era un hombre apuesto, esbelto, de unos cuarenta años, rubio, con una tez exultante de salud. Muy distinto del especialista del Plan, llevaba un traje azul con rayas finas muy elegante. Todo su aspecto era extremadamente cuidado.

—En realidad eso habría que preguntárselo a usted, ¿no, coronel Masy? Supongo que la aviación está en las mejores condiciones para darse cuenta de ello. Queremos, desde luego, evitar que los comunistas franqueen la línea de demarcación de Rostow en esta porción del mundo. Eso daría a nuestros buenos amigos una nueva ocasión de penetrar en Guatemala y en Venezuela, y quizá hasta en Colombia. No olvidemos que el problema asiático no es el único existente. Y luego sigue estando ese condenado Canal que hay que vigilar.

—¿Habría, en su opinión, señor ministro, otra opción que la del presidente Martínez?

—Siempre hay otras opciones, querido, al menos eso es lo que me ha enseñado la América Latina. Pero las opciones que se realizan no son siempre las mejores, e incluso a veces son las peores, así que es imposible saber lo que sería más conveniente. Entonces lo más sencillo es apoyar a los amigos que se tienen. Me gustaría que nuestros servicios se penetraran más de estas verdades.

—Señor ministro, le llama su secretario —vino a decirle la camarera jefe.

Worthing Campbell volvió a subir a su despacho y encontró a William (Bill) O'Donnell que le esperaba en su antecámara con un telegrama en la mano (...).

El texto del telegrama era el siguiente.

CONFIDENCIAL
Preferente

Flores, P. S.

SECRETARIA DE ESTADO
WASHINGTON

DESPUES EXAMEN APRESURADO DE INFORMADORES LOCALES SOBRE TODOS ASPECTOS SITUACION PAIS A PESAR ALGUNAS OSCURIDADES AUN SIGUE CONVENCIDO SOLIDEZ REGIMEN MARTINEZ Y POSIBILIDAD PODER HACER FRENTE LEVANTAMIENTO ACTUAL. SIN EMBARGO SITUACION SERIAMENTE AGRAVADA CURSO ULTIMAS VEINTICUATRO HORAS. PROTECCION ZONAS IMPORTANTES FLORES. INCLUIDA PRISION MATADERO MUNICIPAL. DEPOSITOS GASOLINA ESSO. HOY INCIERTA AUNQUE GOBIERNO AFIRME INTENCION RESTABLECER AUTORIDAD. CURSO ULTIMAS DIEZ HORAS ESTACION RADIO DIFUNDE PROPAGANDA ANTIMARTINEZ DEJANDO PREVER OCUPACION POSIBLE DICHA ESTACION.

TENGO CITA MARTINEZ ESTA NOCHE VEINTITRES HORAS. HORA FLORES CREO OCASION BUENA PARA ACCION DECISIVA PROMETIENDO ENTERO APOYO. MILITAR. ECONOMICO. MORAL ESTADOS UNIDOS PARA ESFUERZO CONTRARREVOLUCIONARIO MASIVO. RUEGO RESPUESTA TODA URGENCIA AUTORIZANDO PROPOSICION ASISTENCIA ANTEDICHA. SIN RESPUESTA INCAPAZ IMPEDIR SITUACION EMPEORAR YENDO HASTA TOMA PODER POR FUERZAS HOSTILES. INSISTO AUN SOBRE GRAVE AMENAZA CONTRA HEMISFERIO U. S. Y SEGURIDAD MUNDO LIBRE. VIGILO MAXIMA ATENCION TODOS ACONTECIMIENTOS.

FETHWICK



F

LORES, capital de Puerto Santos, está situada en una altura que domina desde lejos la costa malsana y el Puerto de los Santos, que ha dado su nombre al país y donde, según se ve en seguida, ni siquiera los bienaventurados habrían tenido posibilidades

de sobrevivir. Durante la estación seca, cuando hace calor todo el día, las noches son mucho más frescas, tanto que los extranjeros que se encuentran allí durante este período declaran que el clima de la ciudad, de manera general, es delicioso. Desgraciadamente, hay seis meses del año durante los cuales ninguna agencia de viajes, por ávida de beneficios que esté, se atrevería a recomendar una estancia en Flores, ya que llueve sin interrupción. El ambiente es agobiante y húmedo y, para un olfato delicado, el aire se parece al vapor que escapa de un radiador de automóvil reventado. Las lluvias han abierto brechas en los edificios de la ciudad vieja, y las pocas reparaciones efectuadas se reconocen por la diferencia de color y por la mala calidad de la piedra. Las viejas fachadas están recubiertas por una espuma verdosa. En las grietas han crecido pequeñas plantas grasas que han invadido las verjas de hierro forjado (...).

Al este, sobre un amplio montículo que comienza a dos o tres kilómetros de la ciudad vieja, se encuentran las casas de la gente muy rica y de los extranjeros. Cierta calle, habitada por las personas en candelería, y a la que en tiempos más prósperos el presidente Martínez iba a descansar en brazos de una amante, es designada sin malicia en las guías con el nombre de calle de los Cuarenta Ministros de Estado, mientras que algunos, más atrevidos, la llaman calle de los Cuarenta Ladrones. Las casas de este barrio están separadas unas de otras por jardines rodeados de cercas bajas. Allí se encuentran varias embajadas, la residencia del nuncio y un hotel de lujo con piscina en forma de riñón (...).

Al amanecer hubo descargas de fusil en la parte Norte de la ciudad. Una de las secretarías de la embajada americana que vivía por allí había telefonado al funcionario de servicio para decirle que gente armada, de aspecto amenazador, había tomado posiciones en la calle y que, cuando quiso salir de casa, uno de aquellos hombres la hizo señas para que volviera a ella rápidamente. Era algo apasionante.

El embajador Pethwick había convocado a sus informadores locales a las ocho. Todos, previa discusión, fueron de la opinión de que había que hacer comprender a Washington que la situación era verdaderamente grave. Y, después de un suplemento de discusión, quedó entendido que, a pesar de la urgente necesidad de ayuda, había que evitar a cualquier precio que, tanto en Washington como en Puerto Santos, se emitiera la menor duda sobre la solidez del Gobierno actual. A raíz de la reunión del grupo local y de la redacción del telegrama que de ella resultó, hubo una reunión más reducida en la que se discutieron las medidas de urgencia que se imponían. Esta segunda reunión fue seguida de un consejo de gabinete, buena parte del cual fue consagrado al debate de las restricciones a imponer a los viejos oficiales, hechas indispensables por la falta de fondos disponibles en el capítulo correspondiente del presupuesto del Departamento de Estado. Se estableció, también, una nueva reglamentación para las bajas por enfermedad en el trabajo. Y ahora eran casi las doce: el telegrama pronto iba a interrumpir el almuerzo de Worthing Campbell. En cuanto al embajador Pethwick, cuyas ordenadísimas costumbres causaban la admiración general, se disponía a subir a su residencia para comer.

Joe Hurd, que en el transcurso de las reuniones de aquella mañana no había cesado de manifestar su pesimismo, se detuvo cerca de la puerta del despacho del embajador para decirle cuáles eran sus inquietudes en lo que respecta al porvenir del presidente Martínez. Su insistencia resultaba desagradable. Era fácil adivinar, sin más que mirar cómo hablaban aquellos dos hombres, cuál iba a llevarse el gato al agua. Los dos eran de talla superior a la media. Pero uno estaba bien peinado y afeitado, tenía buen aspecto, una ligera curva de la felicidad, sin llegar a estar gordo, y quizá una relativa hipertensión; llevaba un traje gris bien cortado y bien planchado, con una corbata y un pañuelo que armonizaban con el conjunto. Exultaba confianza en sí mismo. Incluso algunos habrían dicho que la sudaba por todos los poros. Mientras que el otro era flaco, cargado de hombros, de piel verdosa. El cuello de la camisa le quedaba demasiado holgado, la chaqueta parecía colgarle de los hombros. La chaqueta era de algodón, el pantalón de otro tejido, y ambos feísimos. Este otro hombre era Joe Hurd.

Pronto fue a recoger su coche al estacionamiento, lo puso en marcha y atravesó las calles vacías de la ciudad para llegar a las afueras. Hacia el Norte, a lo lejos, se oían disparos de fusil y, de cuando en cuando, el «tac-tac-tac» de una ametralladora (...).

Llegado al extremo del paseo Roosevelt, Hurd torció por una larga

avenida privada, enmarcada por dos grandes pilares blancos. Paró su coche ante una amplia morada decrepita, revestida de estuco rosa, y antes de que ni siquiera llamara un anciano abrió la puerta. Era un hombre distinguido, con un traje de paño oscuro. Parecía contento de aquella visita, pero no pasó en su saludo de un ceremonioso apretón de manos. Luego pasaron a la terraza, donde pronto un criado trajo una taza de café para el anciano y un vaso de leche para Joe Hurd. Era evidente que en la casa conocían sus gustos en materia de bebidas (...).

—Me gustaría que me explicara lo que ocurre —dijo Joe Hurd al anciano.

—Supongo que, en tanto que encargado de negocios de su muy digno embajador, se espera que usted proporcione informes. Creo que la resistencia que se opone a mi amigo Miró, tal como se manifiesta, va a cesar probablemente de aquí a unas horas. Me gustaría estar aquí cuando la cosa se produzca, ya que hace mucho que no hemos tenido en Flores el gusto de asistir a un cambio de presidente. Si he de confiar en mis años pasados en Washington, se trata de una aventura apasionante. Pienso que podríamos organizar una gala de inauguración a la que invitáramos a Frank Sinatra y su esposa.

—¿Ha visto usted hoy a Miró?

—Permítame que no conteste. Pero lo que sí puedo decirle es que no creo que los hombres de Martínez le defiendan hasta su último aliento. Este tipo de heroísmo no reporta ningún beneficio palpable, y lleva consigo un elemento de peligro personal. Añadiré que nuestro anciano presidente es alguien que pide mucho y a quien queda muy poco por ofrecer.

—Entonces, ¿se llegará a un arreglo?

—Creo que se llegará a un arreglo.

Joe Hurd reflexionó sobre esta respuesta (...). Luego añadió:

—He vuelto a oír decir, hoy mismo, que Miró no era más que un testarfero, y que la verdadera cabeza de este asunto era Aragón. En todo caso, eso es lo que piensan algunos de nuestros informadores.

—No conozco al señor Aragón —dijo el anciano—, aunque he oído su nombre con frecuencia. Pero puede estar usted seguro de que es Miró quien domina la situación. Reconozco que más adelante, cuando se trate de gobernar el país, tendrá que usar toda su influencia y que, al lado de lo que haya que hacer entonces, el hecho de derrocar a Martínez habrá sido un juego de niños. Ahora le toca a usted informarme. Quiero saber lo que los señores americanos tienen intención de hacer.

—Sus informes tienen más valor que los míos y pierde usted en el cambio. Mi embajador ve en Martínez una garantía de seguridad en un mundo dividido. Puede muy bien ocurrir que Washington sea de la misma opinión y que apoye a Martínez. Mi opinión no es ésta, pero mucho me temo que no influya para nada en las decisiones que se tomen.

Hubo un momento de silencio, durante el cual Hurd bebió un sorbo de leche, mientras ambos contemplaban las palmeras que bordeaban el jardín. Al fin, el anciano preguntó:

—¿Van ustedes a intervenir?

—No lo sé, y la cosa no tiene demasiada importancia, ya que, si lo supiera, no podría decirselo. Sin embargo, siempre es fácil prever nuestras primeras reacciones. Nosotros tenemos dinero, y quizá sirva para algo; tenemos armas; quizá podamos salvar la situación. Se lanzará un vigoroso mensaje de apoyo. Siempre estamos dispuestos a lanzar vigorosos mensajes de apoyo. Y todo el mundo acariciará la esperanza de que eso bastará.

—Eso podría salvar a Martínez —dijo el anciano—. No es que los mensajes de apoyo sean poderosos ni que se necesiten armas. Sus generales tienen más armamento del que necesitan, dada la gran prudencia que se observará de ambos lados. Sin embargo, una promesa lo suficientemente amplia de dinero y de armas podría convencer a nuestros militares de que les interesa mantener el «statu quo», y eso podría hacer inclinar la balanza. Empleo la palabra interesar en su sentido más estricto, dada mi calidad de ex banquero. Dígame. ¿Por qué en Washington tienen tanto empeño en mandar armas a Martínez? ¿Es que allí le consideran como un defensor de la libertad y de un Gobierno constitucional?

—No. Eso forma parte de lo que llamamos una estrategia global.

—Sí, eso ya me lo ha dicho. Pero esa estrategia global me intriga. ¿Su Pentágono cree realmente que nuestro ejército es un factor importante en la defensa de lo que el ministro de usted llama mundo libre?

—No.

—¿Esperan, acaso, que desempeñe un papel vital en un conflicto con los poderosos cohetes de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas?

—No.

—Me complace que intente no herir las susceptibilidades del Ejército Rojo. ¿Cree que tenemos algo que temer de nuestros vecinos?

—No.

—¿Quizá alguien imagina que nuestro ejército ha protegido nuestras libertades aquí mismo, en Puerto Santos?

—No.

—Y, sin embargo, apoyan ustedes a Martínez y consideran nuestro ejército como uno de los elementos de su estrategia global a favor de la libertad.

—Sí.

—Me pregunto si los americanos siguen desplegando esas sencillas y directas cualidades del espíritu que en otros tiempos tanto oí ensalzar por los más elocuentes de entre los hombres de Estado americanos y por el difunto senador Taft. Me agrada creer que ustedes no son partidarios de esta manifestación local de la estrategia global.

—Desde luego que no.

—Nunca lo había creído, amigo mío. Y pocos hombres normalmente habladores conozco que, como usted, posean el arte de las respuestas breves cuando se les hacen preguntas indiscretas. Por mi parte, sigo creyendo que su gran país posee una cualidad inapreciable, que es la que va a salvarnos.

—Nuestro idealismo, naturalmente. Es la opinión general.

—No. Su inoportunidad. A la monarquía austrohúngara se la soporaba gracias a su incapacidad; a ustedes son sus retrasos los que les salvan. Todo lo que quieran hacer a favor de Martínez ocurrirá, probablemente, demasiado tarde. Pero, en nombre de nuestra amistad, le ruego insistentemente que no utilice esta conversación para incitar a Washington a actuar rápidamente.

—No tema —dijo el diplomático—. La cosa no tendría el menor efecto.

Y se levantó para despedirse (...).



Ala caída de la noche, el presidente Martínez no estaba en sus habitaciones de palacio. Tampoco estaba en casa de María, su amante, allá en la colina. Estaba en otra morada de excelente aspecto, situada a dos pasos de la plaza Ellender, en la ciudad vieja. También su amante estaba allí, aunque en otra sala de la casa. Al lado de Martínez se encontraba Manuel Pérez Castillo, general de división del Ejército de la República de Puerto Santos y quizá el más desprestigiado de todos los partidarios del presidente. Acababa de llegar. Un ayudante de campo esperaba en el fondo de la pieza. Un coronel, instalado en un despacho cerca de la puerta, mataba el tiempo intentando telefonar. Era evidente que la línea no funcionaba.

—¿Se portan bien nuestros hombres? —preguntó el presidente en un tono que tenía más de entrada en materia que de pregunta concreta.

Su voz carecía de calor.

—Dadas las circunstancias, yo diría que incluso se portan magníficamente, Excelencia.

—¿Qué quiere decir «dadas las circunstancias»?

—Desgraciadamente, algunos de nuestros oficiales se han largado.

—¿Quiere decir que han desertado? ¿Qué cerdos!

Hacia años, el presidente había visto la versión cinematográfica doblada de «Adiós a las armas». La había visto, incluso, varias veces. Y, primero voluntaria y luego inconscientemente, se había puesto a imitar el lenguaje de Hemingway. Le parecía que esta manera de hablar le iba muy bien a un jefe sólido y fuerte, como él se consideraba a sí mismo sin ningún esfuerzo.

El general hizo por contestar.

—Reconozco, Excelencia, que han sido hartos ingratos, después de todo lo que usted ha hecho por ellos.

—Supongo que estarán combatiendo valientemente por Miró.

—Sin duda alguna, Excelencia. Nuestros hombres siempre son valientes.

Incluso cuando todo iba bien, el general Pérez Castillo no era muy brillante y esa noche, además, estaba muy cansado. Quizá con ánimo de estimular sus ideas, se llevó el vaso a la boca y se echó al colete un generoso trago de whisky. El presidente hizo otro tanto. Estaban sentados en unos sillones de madera dorada tapizados de brocado. El presidente había colocado su guerrera en el respaldo de una silla cercana y se había desabrochado el cuello. Su camisa kaki estaba manchada de sudor en las axilas. Las luces de la habitación parpadeaban ligeramente al ritmo de un generador que se oía funcionar a lo lejos. La corriente eléctrica de la ciudad estaba cortada desde el atardecer. La luz hacía brillar las condecoraciones colocadas en la guerrera del presidente (...).

—¿Cómo han conseguido ocupar el edificio de la radio los hombres de Miró? —preguntó Martínez.

—Era la hora de la siesta, Excelencia.

—¿No había guardia entonces?

—Desgraciadamente, no habíamos previsto el ataque.

—¿Y la central telefónica?

—Eso no tiene importancia. Ya apenas funcionaba.

—¡Cretinos! Seguro que estarían más preocupados si se tratara de sus bares y sus burdeles. ¿Ha habido muertos en los combates?

—Hasta ahora, y me satisface poder decirlo, no ha habido nada serio.

—¿Paisanos?

—Sólo paisanos, hasta ahora, Excelencia. La gente no ha seguido al pie de la letra la orden de quedarse en casa.

La conversación languideció. A lo lejos se oyeron unos disparos de fusil. La luz siguió vacilando. Los ruidos de la calle llegaban ahogados a través de las espesas contraventanas. Se oyó un grito, seguido de una horrible carcajada.

—Excelencia, ¿puedo hacerle una pregunta delicada?

—Guárdese su delicadeza. Supongo que quiere usted saber qué pienso hacer si el resto de esos guarros desertan.

—Resultaría prudente, Excelencia, tener dispuesto lo que los americanos llaman un plan de urgencia.

—Los americanos me importan un bledo. Ese imbécil de Pethwick tiene que venir a verme esta noche. Me volverá a hablar del mundo libre, me aconsejará firmeza, me prometerá dinero y cañones y me preguntará si puedo comunicar a Washington que resistiré mientras quede un hombre...

—¿No podría usted pedirle una «marines» para ayudarnos a aplastar esta ridícula sublevación?

—Ya he pensado en ello. E incluso he dicho a Pethwick que los comunistas apoyaban a Miró. Le he dicho que Aragón era quien manejaba el cotarro y creo que eso les ha metido el miedo en el cuerpo. Pero si sus soldados se nos meten en casa tendré que obedecer las instrucciones de uno de sus jóvenes generales de cabello corto, uno de esos tipos que hacen deporte y creen en la virginidad de sus madres. Me hablarían de democracia. Yo nunca hubiera sido elegido si hubiese elecciones libres.

—Tiene razón, Excelencia. No obstante, me permito recordarle ese plan de urgencia...

—Se haga lo que se haga, probablemente es demasiado tarde. Le he dicho a Pethwick que lo único que necesitamos es armas y dinero y que con eso nos arreglaremos. Ya ha debido decirlo en Washington. Soy demasiado viejo para hacerme mala sangre. Me irá a Miami o a España. ¿No querían democracia? ¿Pues que chupen democracia! No tendrán más que lo que se merecen, los muy ingratos.

—No es seguro que logre usted tomar un avión, Excelencia. Me temo que en el aeropuerto también haya hombres de Miró.

—Pues bien, me irá a casa de mi colega de Argentina a esperar los acontecimientos. Hay mucho sitio, y allí no se habla de democracia. En casa del brasileño hablan portugués y su esposa es terriblemente charlatana. Bueno, ya es hora de que vaya a encontrarse con sus hombres. Dígalos que si me permanecen fieles todos serán ascendidos. Los americanos nos darán dinero. Diga a la guardia de palacio que estoy aquí, en mi puesto, organizando personalmente la defensa. Se lo dirán a Miró y eso tendrá por efecto el que la lucha se concentre en torno a palacio. Hay que ser astuto. Diga a López, a Santayana y a Miguel que estén al tanto del momento en que Pethwick se ponga en camino. Ya le diré que venga a verme aquí.

En el tono del presidente quedaba algo de su antigua llama y, lo mismo que otras muchas veces, el general Pérez se sintió arrastrado a obedecer. Pero cuando respondió, efectivamente, se vio que los papeles del presidente caían y que las bolsas situadas bajo sus ojos se hundían más que nunca...

Pérez había dicho:

—Desgraciadamente, Excelencia, no podré echar mano de ninguno de ellos.

.....
María seguía allí. El presidente no era moralista, ni estaba en estado de serlo, pero se dio cuenta, al menos, de que las mujeres siguen siendo fieles. Lo sabía bien, ya que las había habido a cientos en su vida. Unas se habían ofrecido a él, otras le habían sido ofrecidas por parientes interesados, sin más que haberles echado una mirada en una recepción, una cena o un baile. El precio habitual de estas «ofertas» había sido una adjudicación, un ascenso de grado en el Ejército, una misión en Washington o, a veces, un simple gesto de benevolencia. Algunas habían venido porque se había mandado a la policía a buscarlas. Pero, hubieran venido como hubieran venido, siempre se habían marchado a regañadientes. El siempre se las componía para no estar presente cuando lloraban y se debatían mientras se las llevaban a la fuerza. Semejante fidelidad no podía por menos de inspirar a un hombre cierta ternura. En cualquier caso, desde hacía años no había habido más que María. Al envejecer, los gustos cambian; uno se interesa cada vez menos por la novedad de los jóvenes senos firmes y de las bellas piernas intactas. Es preferible no tener que preguntarse si no es uno mismo el que parece viejo.

Entró sin llamar en el tocador de María.

Ilustración de RICARDO ZAMORANO • Dibujo de DAVID LEVINE

Copyright New York Review, Opera Mandi-FIEL.

Copyright 1968 by John Kenneth Galbraith.

Copyright 1969, Plaza Janés, S. A., editores.

Próximo capítulo: LA HUIDA DE MARTINEZ